SOLEMNIDAD DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS

(Ciclo B)

Lecturas bíblicas

a.- Os. 11,1.3-4.8-9: Soy Dios y no hombre: el Santo en medio de ti.

El profeta nos introduce en la historia de Yahvé con su pueblo Israel. Dios se presenta como Padre y Esposo de Israel, pueblo infiel a sus cuidados y a su amor. El profeta, desde su vida matrimonial, llega a comprender cuando es padre y tiene su hijo en sus brazos, el amor de Dios por su pueblo. Desde su experiencia de amor divino y humano el profeta rememora los comienzos de Israel, y cómo fue escogido de entre otros muchos pueblos, cuando eran emigrantes salidos de Egipto, Yahvé los hizo de la nada, sin historia ni un destino determinado su pueblo. Desde que Yahvé lo amo, comenzó a existir, como pueblo, se convierte en su hijo. Sin embargo, cuando lo llamaba más se alejaba para ir con los Baales (v.2). Yahvé, en cambio, no se cansa de esperar en su amor. Él le enseñó a caminar, lo alzaba en sus brazos, aunque Israel no lo sabía, cuando lo cuidaba con amor. Con lazos de amor lo atraía, lo estrechaba a sus mejillas, se inclinaba para darle de comer (vv.3-4). Si bien nada consiguió, Dios respetó su libertad, aunque su corazón se revuelve, sus entrañas, por tener que corregirlos, pero como es Dios y no hombre, no cederá a su ira, no destruirá a Efraím. Si Yahvé corrige es para salvar, redimir. Es el resto de Israel, que Cristo con amor redimió en la Cruz.

b.- Ef.3, 8-12.14-19: Que Cristo habite por la fe en vuestros corazones.

El apóstol, revive y profundiza su condición de ministro del misterio de Cristo, dar a conocer la insondable riqueza de Cristo. Evangelizar a los paganos, es querer hacerlos partícipes de la riqueza de Cristo, constructores del Reino de Dios, partiendo de su condición de criaturas y ahora de hijos de Dios en Cristo. Desde toda la eternidad Dios despliega su designio de crear a los hombres y convertirlos en partícipes de la filiación divina, en Cristo Jesús. La Iglesia tiene ahora la misión de comunicar esta sabiduría, es el Sacramento del diálogo de Dios con los redimidos. Es el Cuerpo de Cristo Resucitado, templo del encuentro de Dios Padre con sus hijos en la historia de la salvación que continúa en nuestros días. La súplica del apóstol, es para que los cristianos, de todos los tiempos, tengan una fuerte y decisiva experiencia de Cristo, con una fe y amor arraigados en el corazón, para conocer todas las dimensiones de su amor divino llevado hasta su plenitud.

c.- Jn.19, 31-37: La lanza le traspasó el costado y al punto salió sangre y agua.

El evangelista Juan, nos sitúa en el Calvario, en los momentos inmediatos de la muerte de Cristo. La preparación de la Pascua, exigía que fueran retirados los cuerpos de los crucificados, es decir, se mantiene la preocupación por la pureza ritual hasta el final de esta tragedia (cfr.Jn.11, 55-57; 18,28; 19,31). A los otros crucificados, les quiebran las piernas, no a Jesús, ya había muerto, sin embargo para asegurarse de ello, el soldado le atraviesa el costado, saliendo sangre y agua de la herida (vv.31-34). La Escritura, establecía que el Cordero Pascual, al ser sacrificado, no debía quebrársele ningún hueso, lo que se cumple en Cristo crucificado (cfr.Ex.12, 10. 46; Nm.9,12; Sal.34,20-21). El evangelista, da su testimonio personal, e insiste en la veracidad de su testimonio, porque lo vio, para que las futuras generaciones también crean en Cristo (v.35). La mención de la sangre y el agua, tienen un significado especial para Juan, los creyentes no deben tener ninguna duda que del costado de Cristo, brotó sangre y agua. El Crucificado, ha entregado el Espíritu a la comunidad al pie de la cruz, ahora, entrega la sangre y el agua de la Eucaristía y del Bautismo.

Cumple su promesa de dar su Espíritu a los creyentes en ÉL y el agua viva (cfr. Jn. 7,37-39). El agua del Bautismo, y la sangre de la Eucaristía, Juan, los vincula con la Cruz de Cristo Jesús. En la comunidad eclesial, Jesús sigue estando presente por medio del Espíritu, el Bautismo y la Eucaristía. Jesús cumple las Escrituras, al ser el perfecto Cordero Pascual, al que no se le quebró ningún hueso, anunciado por el Bautista, como el Cordero que quita el pecado del mundo (v.36; Jn.1, 29.36). Porque así lo quiso (cfr. Jn. 16,7-14), la Iglesia podrá encontrarse con Cristo, el ausente, pero presente, y contemplar al que traspasaron ahora Resucitado (v. 37; cfr. Zac. 12,10). Dios Padre se ha hecho presente en su Hijo, el traspasado, y esta revelación se hace presente en el agua que se derrama y el vino que se vierte en el Bautismo y en la Eucaristía que es cuando la Iglesia experimenta la presencia del Resucitado, el Viviente. La comunidad que experimenta el amor del Corazón de Cristo cada vez que se reúne, está llamada a dar testimonio de ÉL, como Juan, para que también otros puedan creer.

S. Teresa del Niño Jesús, contempla en el Corazón de Jesús una hoguera de amor divino en el que consumir toda la existencia "Yo pienso que el corazón de mi Esposo es sólo para mí, como el mío es sólo para él, y por eso le hablo en la soledad de este delicioso corazón a corazón, a la espera de llegar a contemplarlo un día cara a cara…" (Cta.122).

P. Julio González C.